



NUESTRA IDENTIDAD Es NUESTRO PROYECTO

ANDRÉS ZALDÍVAR LARRAÍN

(01-10-1991)

UNA MODERNIDAD CENTRADA EN LA PERSONA PARA CHILE.

Andrés Zaldívar Larraín

El presente documento es una contribución, en mi calidad de Presidente del Partido Demócrata Cristiano, al próximo Congreso Nacional de nuestra organización. Es el fruto de múltiples conversaciones con jóvenes del partido, con profesionales, con trabajadores y con empresarios, con mujeres y con pobladores, con intelectuales, con dirigentes y bases demócratacristianos a lo largo de más de un año en mi calidad de autoridad máxima del PDC. Es, también, el fruto de una reflexión en torno a los variados y valiosos aportes que hasta ahora han sido hechos a nuestro Congreso, tanto en las comunas como en las provincias que he visitado.

Especiales agradecimientos quisiera expresar a los miembros de la directiva nacional que me han acompañado en mi gestión —Jacqueline Saintard, Eliana Caraball, Gutenberg Martínez, Genaro Arriagada, Pedro Buttazzoni, Carlos Eduardo Mena y Felipe Sandoval—, al Departamento de la Mujer y al Departamento de Pobladores, a los Frentes Sindical, de Profesionales y Técnicos y a la Juventud Demócrata Cristiana en las personas de sus presidentes entrante y saliente, Sergio Micco y Eduardo Abedrapo, respectivamente. Agradezco también a los responsables de la Comisión Organizadora del Congreso, Jaime Castillo Velasco e Iván Navarro, a Vladimir Alvarez, así como al Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH) y a todos quienes han participado en las distintas etapas de nuestro Congreso Nacional.

Este documento consta de cuatro partes. En la primera, recogemos las nuevas inquietudes y esperanzas ante los cambios en curso, en Chile y en el mundo. En la segunda parte formulamos la pregunta central que nos motiva en la hora actual, esto es, la reflexión en torno a la identidad partidaria y al sentido permanente de nuestra acción.

En la tercera parte entramos de lleno al corazón del documento, reconociendo como núcleo constitutivo del pensamiento y de la acción del Partido Demócrata Cristiano el diálogo permanente entre Modernidad política —en su mejor versión, la democracia— y la Tradición de inspiración cristiana; diálogo fundado en el reconocimiento de la dignidad de la persona humana. Por último, en la cuarta parte, concluimos en un tono propositivo. A partir de los valores y orientaciones explicitados en la tercera parte, planteamos como desafío de la década una Modernidad centrada en la persona, tanto en el ámbito propiamente político institucional, como económico social y cultural.

I. ALGO TREPIDA EN LO PROFUNDO

1. UN TEMBLOR DE ÉPOCA

“Algo trepida en lo profundo”, escribía premonitoriamente hace apenas diez años Eduardo Frei, al iniciar esa penetrante mirada el mundo contemporáneo que es **El Mensaje Humanista**. Y cómo dudarlo: algo tiembla fuertemente en este cambio de siglo y nos conmueve, en efecto, como un verdadero temblor de época.

2. LOS CAMBIOS EN EL MUNDO

Las profundas modificaciones en el escenario mundial no son sólo espectaculares si las comparamos con lo que era la realidad a comienzos de este siglo sino incluso, si tomamos como referencia la última década. A medida que el siglo XX entra en la “recta final”, más nos sorprendemos con las “cosas nuevas” que emergen ante nuestros ojos.

En el ámbito político, hemos presenciado el derrumbe del comunismo en la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, pero también la constitución de una Europa Comunitaria, el ocaso de las dictaduras de “seguridad nacional” y el renacer de la democracia en América Latina. Estos son sólo algunos signos de una comunidad mundial en plena mutación.

En el ámbito económico, la globalización de los mercados, los fulgurantes avances tecnológicos —en la informática, la robótica, la biotecnología y otras áreas—, la pujanza empresarial y la calificación de los trabajadores, así como las nuevas exigencias ecológicas ligadas al llamado “cambio global”, marcan a su vez una transformación radical en los modos de pensar y actuar en la economía. Las economías nacionales abren paso a las alianzas regionales e intercontinentales; el poder económico deja de estar centrado en los recursos tangibles para depender crecientemente de la disponibilidad de información y conocimiento.

En el ámbito cultural, asistimos a la constitución de una verdadera “aldea planetaria” y de una “cultura de masas” internacional, cada vez más escindida de la “alta cultura”. Ello, debido a la multiplicación de las tecnologías comunicacionales, que nos sitúan en un escenario lleno de inéditos riesgos, pero también ante posibilidades desconocidas hasta ahora. El ocaso de la confrontación entre ideologías economicistas y globalizantes (capitalismo versus socialismo) abre un espacio para la revalorización de identidades culturales de distinta índole (étnicas, nacionales y regionales, entre otras). Simultáneamente, se tiende a consolidar una ética universalista fundada en el reconocimiento a los derechos humanos esenciales.

3. LOS CAMBIOS EN CHILE

Al comenzar la última década del siglo XX, nuestro país no está exento de este aire de cambios que conmueve al mundo.

Los más perceptibles son las mutaciones en el ámbito político: tal como 1989 marcó para los países del Este el ocaso del autoritarismo comunista, 1989 fue

para Chile el fin del autoritarismo fundado en la ideología de la “seguridad nacional”. Tras 17 años que el país viviera políticamente en un estado de minoría de edad, los chilenos hemos recuperado la **democracia** y con ella nuestros derechos ciudadanos básicos y nuestra capacidad de autogobierno. Simultáneamente asistimos a un segundo gran impulso del proceso de **descentralización**, abierto en la década de los sesenta.

Por otra parte, han comenzado ya los debates en torno a eventuales **cambios en el régimen de gobierno**, de modo de resolver uno de los dramas permanentes de la política chilena; esto es, los gobiernos sin mayoría parlamentaria.

En los ámbitos económico, social y cultural, las “cosas nuevas” son menos palpables en la superficie que en lo directamente político. Sin embargo, silenciosamente ya se han iniciado en esos terrenos los procesos que dominarán nuestro tránsito al próximo siglo.

Es así como hoy hemos comenzado a transitar de una economía de mercado a una economía social de mercado con exigencias de sustentabilidad ecológica; asimismo iniciamos el paso de una economía abierta aunque solitaria, a una economía con alianzas a nivel continental, como ya lo atestiguan los tratados de libre comercio con México y, próximamente, con Estados Unidos. Y en ámbito cultural, después de casi dos décadas marcadas por la experiencia de la censura, nos encaminamos a una creatividad que conjugue la libertad con la responsabilidad. Todo ello sin entrar a evaluar aquí las impresionantes transformaciones que hemos ido conociendo en la llamada cultura de masas, reafirmada con la multiplicación de los canales de televisión y el predominio de una cultura audiovisual.

II. TIEMPO DE PREGUNTAS

.....

4. DEL DESCONCIERTO A LA INTERROGACIÓN

Los cambios de este fin de siglo —los espectaculares como también los menos perceptibles— generan, en un primer momento, un **natural sentimiento de desconcierto**. Muchas certidumbres, muchas referencias establecidas desaparecen o, simplemente, pasan a un deslavado segundo plano. Esta situación hace que actualmente muchos **se pregunten por el sentido permanente del quehacer político**, por aquello que ha de perdurar en medio de tantas novedades, pues el desconcierto hoy comúnmente aparece asociado a un sentimiento de “crisis de identidad”. Esta es una experiencia que, en Chile, involucra al conjunto de partidos y actores políticos.

El desconcierto involucra a los **partidos de Derecha** que, sintomáticamente, ya no quieren ser más de Derecha y prefieren ser llamados “de Centro-Derecha”. La crisis actual de la Derecha no sólo tiene que ver con la derrota del régimen militar el 5 de octubre de 1988, sino también y paradójicamente, con el súbito desplome del comunismo en el mundo. De golpe y porrazo, el “enemigo” tradicional de la Derecha ha dejado de tener relevancia como punto de referencia en torno al cual definirse. Entonces, más allá de su momentáneo triunfalismo, a ratos uno tiene la impresión de que la Derecha se ha quedado tirando puñetazos al aire o, peor, absorba en peleas intestinas de difícil solución.

El desconcierto involucra también a la **Izquierda**. El desplome de los socialismos reales, el fracaso del comunismo en la Unión Soviética y el descrédito de la tradición marxista, son los signos más evidentes de ello. Pero, más que eso, se trata de una profunda crisis de convicciones en partidos donde históricamente la motivación ideológica ha sido muy importante.

La desazón, en fin, involucra también a los **partidos de centro** que, de la noche a la mañana, nos vemos “invadidos” en nuestro propio terreno. Hoy casi todos los partidos políticos chilenos quieren tener un pie en el centro, si no los dos, como lo atestigua la legalización del partido “de Centro-Centro”. Nuestra tradicional función de “bisagra” entre la Izquierda y la Derecha pierde paulatinamente relevancia en el nuevo escenario. En algunos surge, entonces, un natural temor al “desperfilamiento” o pérdida de identidad partidaria.

5. UN DEBATE INDISPENSABLE

Actores y testigos de una época de cambios, de este fin de milenio cargado de riesgos, pero también de promesas nuevas, los **democratacristianos** nos reunimos nuevamente en un **Congreso Nacional**, tras veinticinco años y otra vez “**pensando en Chile**”. Sustrayéndonos de las preocupaciones del día a día, nos congregamos para echar una mirada retrospectiva a nuestra historia, para considerar las cosas nuevas en que estamos inmersos en la actualidad y, a través de este diálogo entre lo nuevo y lo viejo, orientar nuestras acciones futuras.

Porque de eso se trata este Congreso: de preguntarnos acerca del sentido permanente de nuestra acción, y así reafirmar aquellas orientaciones y valores que nos hacen formar parte de un mismo proyecto político, el **democratacristiano**, que nos da identidad y a la vez nos distingue de otros, sea para aliarnos o para competir, según las reglas de la democracia. Efectuamos así un debate como partido, que tarde o temprano el conjunto de los actores

políticos habrá de realizar.

6. DOS TENTACIONES A EVITAR

Interrogarnos por aquello que constituye el **sentido permanente de nuestra acción política**, por nuestra identidad democratacristiana, supone, sin embargo, resistir al menos a dos tentaciones.

La primera consiste en rechazar de antemano la posibilidad misma de plantearnos la pregunta. Significa decir: aquí no ha pasado nada. Significa decir: la preocupación por el sentido de nuestra acción es secundaria; lo más importante son las respuestas “concretas”, las soluciones “técnicas”.

Esta primera versión de la “política del avestruz” es incapaz de orientarnos, pues envuelve en ella el peligro de la ceguera técnica; esto es, del pragmatismo sin fronteras. Y de la fascinación ante el pragmatismo —la eficiencia por la eficiencia y la ausencia de una visión de conjunto y de largo plazo— a la política convertida en pura estrategia de poder, no hay más que un paso. Y este paso significa el fin de una visión ética de la política.

La segunda tentación que hemos de enfrentar a la hora de preguntarnos por el sentido permanente de nuestra acción en un mundo en constante cambio, es la del egocentrismo y del ensimismamiento. Es decir, caer en una concepción defensiva de lo que somos como democratacristianos: atrincherarnos en nuestros viejos laureles, ensimismarnos en un monólogo interior interminable y en la añoranza de los viejos tiempos donde todo, aparentemente, era más puro y mejor.

Esta segunda versión de la “política del avestruz”, de carácter conservadora, es también incapaz de ofrecernos orientaciones en la hora actual: su temor e incompreensión ante las nuevas realidades, su permanente vivir atrapado en el recuerdo de un pasado heroico, conducen al aislamiento y a la incapacidad de incidir en el curso político del tiempo presente. En pocas palabras, este camino nos llevaría al suicidio político.

Tanto la actitud de hacer “oídos sordos” a la preocupación por la identidad, como la actitud autorreferencial, tienen algo en común: olvidan que el sentido permanente de nuestra acción se juega en el diálogo, y no en la sordera o en el monólogo. Ambas actitudes traicionan algo que es de la esencia democratacristiana: nuestra **confianza en la fecundidad del diálogo** entre los hombres, tributaria —para quienes somos creyentes— de la fe en el íntimo diálogo del hombre con Dios.

III. TIEMPO PARA REINVENTAR UN CAMINO COMUN: DIALOGO ENTRE MODERNIDAD POLITICA Y TRADICION CRISTIANA

.....

7. ENCUENTRO DE DOS CULTURAS

No es necesario ir muy lejos ni entramparnos en grandes lucubraciones para reconocer lo que somos políticamente y cuál es el aporte que estamos llamados a entregar a nuestro país. El propio nombre de nuestro partido es elocuente: en tanto "democratacristianos", en efecto, estamos ya decidiendo poner en diálogo a la modernidad política -en su mejor versión, la democrática-, con la tradición espiritual más extendida de Occidente, el cristianismo. Es este diálogo entre la cultura política moderna y la tradición de inspiración cristiana, lo que constituye más propiamente el sentido permanente de nuestra acción.

Y cuando decimos que nos reconocemos en el "humanismo cristiano" o, como decía Maritain, en el "humanismo integral", estamos aludiendo al mismo diálogo: el "humanismo" es, en el ámbito del pensamiento político, uno de los primeros frutos de los tiempos modernos.

8. ACEPTACIÓN DE LA DIVERSIDAD

El diálogo entre la cultura política moderna y la tradición espiritual cristiana, particularmente en su vertiente católica, tiene una historia que no ha estado exenta de desencuentros, ni en Chile, ni en Latinoamérica ni en lo que aún podemos seguir llamando Occidente. Y, sin embargo, como la Doctrina Social de la Iglesia y los documentos del Concilio Vaticano II, de Medellín y Puebla, como las últimas Encíclicas de Juan Pablo II y los escritos de diversos pensadores, cristianos y no cristianos así lo testimonian, se trata de un diálogo no sólo necesario en los tiempos que corren, sino que también deseable y posible.

Lo que está en juego en este deseo es precisamente la posibilidad de construir nuestra convivencia como país sobre la base de la aceptación de la diversidad de lo que somos. Es decir, no fundándose en opciones integristas o excluyentes, sean estas de signo modernizante o conservador, de Derecha, de Centro o de Izquierda.

9. LAS CONQUISTAS DE LA MODERNIDAD

Desde el Renacimiento hasta nuestros días —y en Chile, desde nuestra Independencia hasta ahora—, la **modernidad** ha significado básicamente dos cosas: la **afirmación del individuo** —o como dicen los filósofos, del “sujeto”— por sobre las pertenencias estamentarias, étnicas o comunitarias; y, en segundo lugar, el **primado de la racionalidad** por sobre la irracionalidad de los poderes arbitrarios y dogmáticos tanto en lo político, en lo económico como en el ámbito del conocimiento y de la cultura.

En lo específicamente político, sintéticamente hablando, la modernidad se ha traducido en el paso del súbdito al ciudadano; en el tránsito de legislaciones diferenciadas según pertenencia estamental, a la igualdad ante la ley, y en el paso de la soberanía del Príncipe a la soberanía popular. Es decir, en el establecimiento de un Estado de Derecho y de Repúblicas o Monarquías constitucionales democráticas.

10. DESENCUENTROS ENTRE MODERNIDAD Y TRADICIÓN CRISTIANA

Históricamente, sin embargo, la cultura política moderna y la tradición espiritual cristiana, especialmente en su vertiente católica, estuvieron mucho tiempo escindidas, y a veces en franca pugna.

La propia Revolución Francesa, paradigma del avance de los ideales políticos modernos, fue en sus inicios duramente agresiva con respecto al catolicismo y fuertemente resistida por los Pontífices de la Iglesia de aquel tiempo. Ocurrió, en parte, porque los revolucionarios franceses, forjadores del republicanismo y de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano —pero también de la dictadura del Terror—, se inspiraban en un progresismo iluminista que reconocía como su peor enemigo al clericalismo y, más ampliamente a la religión; apostaban a que las creencias tradicionales —sinónimos para ellos de superstición—, iban a ser destruidas por las luces de la razón, de la ciencia y del progreso económico.

En parte, ello se debió también a que la jerarquía de la Iglesia se identificaba en gran medida por aquel entonces con los grupos sociales privilegiados —la nobleza—, y con el orden político y social establecido —el feudalismo y la monarquía—.

Pero no es indispensable retrotraernos a la historia europea para constatar los **desencuentros entre Modernidad política democrática y Tradición cristiana**. Basta echar una sucinta mirada a la situación de los países latinoamericanos y a la propia historia nacional para darnos cuenta de ello.

La Iglesia, en efecto, aparecía identificada con el orden establecido, tanto en la época de la Colonia como durante y después de los procesos de la Independencia. Ello, pues muchos obispos defendieron a España contra el espíritu liberal y republicano de los movimientos emancipadores latinoamericanos.

Chile no fue una excepción a este panorama: durante la Independencia, la jerarquía eclesiástica tendió a identificarse con la causa Realista, en tanto que muchos gestores de nuestra emancipación política —entre ellos el mismo O'Higgins— estuvieron ligados a logias masónicas influenciadas por el iluminismo racionalista francés.

Hasta bien entrado el siglo XX, en Chile la democracia debió soportar la

desconfianza del catolicismo anterior al Concilio Vaticano II. A mediados de los años 30, por ejemplo, el Partido Conservador —por aquél entonces expresión mayoritaria del catolicismo en nuestro país— sostenía que la democracia, y más específicamente el sufragio universal, provocaba la decadencia política y la demagogia.

“El liberalismo” —decían— “engendró del desorden y la democracia, la mediocridad”. Abogaban por un “gobierno fuerte”, por una democracia restringida y por un retorno al sufragio censitario vía “voto plural”. Esto significaba que algunos hombres con determinadas condiciones -familia bien constituida, con educación y propiedad- tendrían derecho a más de un voto.

Una expresión más reciente de un catolicismo temeroso de la plena expresión de la soberanía popular, aunque ya minoritario, es el llamado Movimiento Gremialista, surgido a fines de la década del 60 en la Universidad Católica. Este grupo, comprometido con el gobierno autoritario trabajó fervientemente por establecer en Chile una “democracia protegida”, que no era otra cosa que la institucionalización permanente del autoritarismo en nuestro país.

En el origen de los desencuentros iniciales entre la democracia moderna y la tradición católica, además de las razones ya indicadas —esto es, la identificación de algunos demócratas con posturas anticlericales así como la cercanía de algunos sectores de la Iglesia con el régimen monárquico—, hay otra razón que conviene retener: la confusión, existente en algunas corrientes de inspiración católica previas al Concilio Vaticano II, entre una forma específica de régimen de gobierno -la democracia- y una ideología específica, el relativismo de valores de origen liberal.

Pero, en realidad, una opción no implica necesariamente la otra: se puede ser liberal, socialista, “librepensador”, budista, judío o cristiano, y aceptar la democracia como el mejor de los regímenes de gobierno. Todo ello, como lo recuerda el Papa Juan Pablo II, en la medida que la democracia “asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos de manera pacífica”.

Que la democracia se oriente o no por valores, depende del compromiso de las propias personas que convivimos en democracia.

En la encíclica *Centesimus Annus*, recién citada, el Papa Juan Pablo II nos recuerda, precisamente, la necesidad de actuar en política de acuerdo a las orientaciones morales permanentes: “una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto”.

11. TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Ha sido precisamente el diálogo entre la cultura política moderna en su mejor expresión —la democracia— y la tradición espiritual cristiana, lo que ha orientado de manera permanente la acción del **Partido Demócrata Cristiano**. Ello ha ocurrido desde su fundación oficial en 1957, y, más allá, desde sus orígenes en la Falange Nacional a fines de la década del treinta, como escisión del Partido Conservador. La oposición de los falangistas a la ley que excluía de la legalidad democrática al Partido Comunista en 1948, a instancias del Presidente Gabriel González Videla; la clara lealtad a las convicciones democráticas en los años sesenta, en momentos en que el clima sobredimensionado llevó a muchos a desvalorizar el camino de las transformaciones en libertad y a tachar a la democracia de “burguesa” o de ser

sólo "formal"; y, en fin, la decidida lucha en contra del gobierno autoritario instalado en Chile en septiembre de 1973, son testimonios irrefutables de nuestra permanente opción por la democracia, la mejor expresión de la modernidad política en Occidente.

Como decía Eduardo Frei en aquel histórico discurso del Teatro Caupolicán en agosto de 1980, en el que por primera vez toda la oposición al autoritarismo se concertó en una misma voz: "el problema de fondo es que ninguna institucionalidad ni ley pueden funcionar con normalidad si no representan la voluntad mayoritaria de la Nación, libre y auténticamente expresada. Ninguna amarra concebida entre cuatro paredes e impuesta para resistir la legítima expresión de un pueblo, puede tener vida estable. Ningún esquema funcionará si no existe un consenso básico sobre valores fundamentales que permitan una forma racional de convivencia".

12. EL ORIGEN DE LA "CUESTIÓN SOCIAL"

El dialogo entre Modernidad política y Tradición cristiana ha sido, en los hechos, en ambos sentidos. Así como la cultura política moderna, afirmadora de la autonomía del individuo y de la racionalidad, vino a aportar en el ámbito político la democracia, —que justamente, llamamos "moderna"—, la tradición cristiana le ha venido a recordar a la democracia y a la cultura moderna, con especial énfasis desde fines del siglo pasado, la preocupación por la convivencia y la integración como comunidad de hombres libres. Es decir, lo que actualmente enfatizamos cuando hablamos del valor de la solidaridad.

Si bien el espíritu moderno, con su confianza en el individuo, ha sido profundamente liberador, pues vino a terminar con los privilegios —de la nobleza en el caso europeo y de las oligarquías en latinoamérica— a la vez ha sido profundamente desintegrador. Ello, por cuanto terminó con las seguridades y con el sentido de pertenencia de los grupos y comunidades entonces existentes. El caso más significativo de esto último es quizás el de los habitantes del mundo rural.

En la Europa pre-moderna los campesinos se hallaban integrados en la estructura feudal. Una vez que los privilegios de los nobles desaparecieron, muchos campesinos emigraron a las ciudades, perdiendo sus antiguas referencias y solidaridades y, simultáneamente, pasando a formar parte de las nuevas masas de proletarios industriales arrojados al vértigo de la vida urbana moderna.

En América Latina ocurrió algo análogo con el declinar del poder de la oligarquía terrateniente, aglutinada en los partidos conservadores, proceso que se prolongó hasta bien entrado el siglo XX. La diferencia estuvo en que en nuestro continente la desintegración ha involucrado también a las comunidades indígenas existentes al momento de la Conquista.

Es así, entonces, como a fines del siglo pasado fueron miles los emigrados rurales que, habiendo perdido sus vínculos tradicionales, se encontraron completamente desprotegidos e injustamente tratados en las fábricas y minas de la emergente sociedad industrial.

Miles de personas fueron sometidas a gravosos ritmos de trabajo, sin la debida consideración para con el sexo, la edad o la situación familiar, y determinado únicamente por la eficiencia con vistas al incremento de los beneficios. Miles, en fin, los que, desorganizados y contando sólo con la capacidad de trabajo de sus manos, se encontraron sometidos a los nuevos privilegios de los pocos que poseían el capital. Es este el origen de la llamada "cuestión social"; el efecto perverso o cara oscura de la modernización de la sociedad.

13. REMEDIOS PARA LA CRISIS

Frente a este callejón sin salida engendrado por el propio proceso de modernización de la sociedad, muy pronto surgieron intentos de solución desde la propia cultura moderna. De entre ellos, la **tentativa socialista** tuvo, desde los inicios, mayor gravitación e influencia. Sin embargo, los remedios socialistas a los males de la modernidad, históricamente hablando, no hicieron sino profundizar el callejón sin salida antes mencionado, al disociar los dos principios básicos del espíritu moderno: la afirmación del individuo y la afirmación de la racionalidad.

Mientras el anarquismo se atrincheraba en un individualismo irracional y sin proyección social, el socialismo —especialmente el de inspiración marxista—, apelando al valor de la razón y del espíritu científico del siglo XIX, terminó por desvalorizar y, en ocasiones, por sacrificar completamente el valor de la libertad individual.

No es ninguna novedad que los remedios socialistas marxistas para las enfermedades de la modernidad han caído ampliamente en el descrédito. Los recientes acontecimientos de Europa del Este hablan por sí solos. Esto no significa que la raíz de los males y problemas de la vida moderna, frente a los cuales el socialismo quiso erigirse como respuesta, haya desaparecido.

La paulatina emergencia en nuestro país de un socialismo que se reconoce como “renovado” o “liberal”, es un claro testimonio de que el fin de los privilegios económicos y culturales, una de las promesas constitutivas del proyecto moderno, es aún una tarea largamente pendiente.

14. UNA VOZ DISTINTA: LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

La Iglesia Católica, fiel intérprete de la tradición espiritual cristiana, tempranamente vino a orientar a creyentes y a no creyentes ante los callejones sin salida de la modernidad, resumidos en la “cuestión social”. Ese es el tema central de *Rerum Novarum*, es decir, de la encíclica que inaugura la llamada “Doctrina Social” de la Iglesia Católica.

El Papa León XIII, abordando las “cosas nuevas” de su tiempo en su Encíclica de 1891, decía refiriéndose a la cuestión social o “cuestión obrera”: “No hay ya cuestión ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que ésta preocupe los ánimos de los hombres”.

En aquel entonces, la posibilidad de que la Iglesia se pronunciara ante situaciones sociales estaba lejos de ser aceptada comúnmente. Como nos recuerda el Papa Juan Pablo II en su última encíclica, entonces predominaba “una doble tendencia”: “Una, orientada hacia este mundo y esta vida, a la que debía permanecer extraña la fe; la otra, dirigida hacia una salvación puramente ultraterrenal, pero que no eliminaba ni orientaba su presencia en la tierra”. Y agrega: “la actitud del Papa [León XIII] al publicar la *Rerum Novarum* confiere a la Iglesia una especie de ‘carta de ciudadanía’ respecto a las realidades cambiantes de la vida pública, y esto se corroboraría aún más posteriormente”.

Desde entonces, la Iglesia ha alzado permanentemente la voz llamando a la “justicia social”, a través de todos sus pontífices, considerando siempre las “cosas nuevas” a la luz de lo que perdura de las “cosas viejas”.

Especial trascendencia han tenido en este contexto, las encíclicas **Cuadragesimo Anno**, del Papa Pío XII, **Pacem in Terra**, de Juan XXIII, **Populorum Progreso** de Pablo VI, y **Laborem Exercens**, de Juan Pablo II.

En fin, mientras ante los problemas sociales de la modernidad, unos consideraban que se trataba de desigualdades inevitables -arguyendo que "siempre ha habido ricos y pobres"- y otros estimaban que el conflicto sólo se solucionaría con el término de la propiedad privada y con la eliminación de la iniciativa empresarial, la Iglesia intervino con voz propia.

La Iglesia recordó que la justicia no sólo tienen una dimensión individual, sino también una dimensión comunitaria o social. El conflicto entre el capital y el trabajo —entre patrones y obreros— sólo podría resolverse en el respeto de la persona humana y sus derechos: derechos de los trabajadores —a organizarse, a un descanso y un salario justo— y derecho a la propiedad privada y la posibilidad individual de emprender.

Así, la Tradición cristiana le recuerda a la Modernidad que el individuo, la persona humana, es verdaderamente tal al reconocer su ser con otros, su "dimensión social". Es decir, que para la persona humana la solidaridad es constitutiva de la libertad.

Crecientemente, por lo demás, las ciencias sociales contemporáneas, hijas de la modernidad cultural, han comenzado a revalorizar la importancia de las tradiciones religiosas, que hace apenas un siglo la ciencia positivista pensaba que estaban condenadas a desaparecer. Hay muchos ejemplos actuales que así lo confirman.

Alain Touraine, un conocido sociólogo francés que ha influido en la renovación del socialismo chileno y que Eduardo Frei cita justamente en **El Mensaje Humanista**, ha escrito, por ejemplo, hace no mucho tiempo: "la religión es etimológica y sociológicamente vínculo, integración comunitaria. La confianza iluminista en la razón y la condena de las creencias religiosas como irracionales y oscurantistas no conviene a la experiencia de Latinoamérica, cuya riqueza y debilidad proviene de la movilización constante de lo tradicional con fuerza de modernización".

En el ámbito del pensamiento cristiano son conocidos también los puentes entre ciencia y religión tendidos por Teilhard de Chardin, Jean Guitton y tantos otros que se han esforzado por reorientar el saber al servicio de los valores de la persona humana.

La ciencia y la tecnología actuales serían vanas, e incluso peligrosas, si olvidaran que están al servicio del hombre y no el hombre al servicio de ellas. Los recientes debates en torno a la manipulación genética son testimonios muy actuales de la necesidad de no dissociar ciencia y fe, el conocimiento y las orientaciones éticas respetuosas de la dignidad de la persona.

Porque a fin de cuentas, el corazón de la "Doctrina Social" de la Iglesia se encuentra, precisamente, en el llamado al reconocimiento de la **dignidad de la persona humana** en el ámbito del trabajo, en particular, y en la vida social en general.

Como dice el Papa Juan Pablo II al comienzo de la encíclica **Centesimus Annus**: "Lo que constituye la trama y en cierto modo la guía de la Encíclica y, en verdad, de toda la doctrina social de la Iglesia, es la correcta concepción de la persona humana y de su valor único...". Es éste, precisamente, el núcleo del mensaje que la tradición cristiana -sea católica, protestante u ortodoxa- le ha dirigido permanentemente a la modernidad política y a su mejor expresión, la democracia. Y es en este diálogo donde los demócratacristianos nos hemos constituido como corriente política.

Como sabemos, en Chile la historia demócratacristiana se remonta a mediados

de la década del 30. Hace 57 años, en efecto, un grupo excepcional y entusiasta de jóvenes escuchó en Chile el llamado de la Doctrina Social de la Iglesia. Dejando el Partido Conservador —impermeable al mensaje de las encíclicas sociales—, y autonomizándose en la Falange Nacional, Frei, Leighton, Tomic, Palma, Garretón, Walker, Reyes y tantos otros nos abrieron el camino que actualmente proseguimos con éxito: Chile nos distingue hoy como el primer partido del país y ha honrado a uno de los nuestros, el camarada Patricio Aylwin, como Primer Mandatario de la República.

Es éste el camino que hoy proyectamos: camino fundado en el dialogo entre lo nuevo y lo viejo; entre lo que cambia y lo que permanece; entre el individuo y la comunidad; entre la ciencia y la religión. En una palabra, entre la Modernidad y la Tradición.

IV. LOS DESAFÍOS DEL CAMBIO DE SIGLO: HACIA UNA MODERNIDAD CENTRADA EN LA PERSONA

.....

15. ¿QUÉ MODERNIDAD PARA CHILE?

¿Qué significa ser democratacristiano en este cambio de siglo? ¿Qué significa, en el Chile de los '90, proyectar desde la política el diálogo entre Modernidad y Tradición de inspiración cristiana? O, dicho de otra manera: ¿Qué significa hoy modernizar el país guiados, por el reconocimiento de la dignidad de la persona humana?

16. DESAFÍO DE MAYORÍAS

Proyectar en Chile una Modernidad centrada en la persona, implica reconocer, en primer lugar, que se trata de un desafío nacional de largo alcance, y que requiere del entendimiento y de la concertación entre actores políticos representativos de una mayoría nacional amplia.

Ningún partido político chileno, por sí sólo, estaría en condiciones de afrontar con seriedad este desafío de la década. Quienes en Chile piensan hoy que en política "el camino propio" es posible, no sólo están profundamente equivocados, sino que también son manifiestamente anacrónicos. La envergadura de la que hoy abordamos como país requiere de partidos políticos capaces de generar alianzas de mayorías; es decir, de afianzar un estilo político fundado en la cooperación con otros y no en el ensimismamiento de corto plazo.

Es en este marco donde se sitúa nuestro decidido compromiso con la Concertación de Partidos por la Democracia. En tanto alianza de mayorías donde confluyen distintas tradiciones políticas —cuyo acercamiento no ha sido meramente instrumental, sino que se produjo precisamente en la defensa de la dignidad y los derechos esenciales del ser humano, bajo el régimen militar—, la Concertación es una alianza de largo plazo capaz de conducir en nuestro país una modernización efectivamente centrada en la persona.

La riqueza de la Concertación está precisamente en su diversidad social y cultural, orientada por un principio político común: el reconocimiento de la persona humana y sus derechos.

17. INTEGRACIÓN REGIONAL Y ALIANZAS ESTRATÉGICAS INTERNACIONALES

En el ámbito de nuestra política internacional, el desafío modernizador de los chilenos implica reconocer que, aún contando con todas las potencialidades de un país joven, somos un país pequeño en el concierto mundial. Si no retomamos el liderazgo en los procesos de integración regional y de alianzas estratégicas internacionales —con países del Sur o con algunos del Norte—, nuestros esfuerzos y éxitos actuales serán efímeros.

Yo sé que frente al reto de la integración y de las alianzas internacionales es posible que choquemos con fuertes intereses políticos y económicos adversos. Sin embargo, no podemos darnos el lujo de no aprender de lo que ha ocurrido en otras latitudes. Así resurgió Europa del estancamiento en que se encontraba postrada, tras la Segunda Guerra Mundial. Adenauer, De Gasperi y Schumann plantearon la integración europea. Obligaron a Estados Unidos a transferir tecnología y a invertir sus capitales.

Pero, por cierto, se trata de aprender, y no de copiar modelos de integración que han funcionado en otros contextos y otras épocas. Por eso, estimo que en nuestro caso la integración regional no es antinómica con alianzas estratégicas bilaterales o multilaterales de otra índole. Aquí no caben, pues, los dogmatismos: tenemos que ir evaluando, en función del interés de Chile y de la convivencia internacional, qué es lo que más nos conviene en cada uno de los momentos de este proceso de inserción política, económica y cultural en la comunidad mundial.

18. DESCONCENTRAR EL PODER POLÍTICO

En el ámbito de nuestras instituciones políticas, ¿qué significa avanzar en una modernización centrada en la persona? ¿Qué significa avanzar en el desarrollo de una democracia cercana a la gente y participativa, sin que ello implique sobredimensionar la importancia de la política en la vida cotidiana de los chilenos? En pocas palabras, ¿qué significa desconcentrar el poder en la sociedad chilena?

Desconcentrar el poder en el Chile actual implica, en primer lugar, **transitar desde una democracia fuertemente centralista, a una democracia regionalizada**. Se trata de un proceso gradual en que el poder de toma de decisiones comienza a ser ejercido por las personas directamente involucradas en sus efectos, en cada municipio y en cada región, y, cada vez menos, por funcionarios estatales capitalinos que por muy buenas intenciones que tengan, naturalmente desconocen en muchos casos las realidades respectivas.

La administración estatal central sólo ha de mantener aquellas prerrogativas, que permitan dar coherencia general en tanto Estado unitario que somos al proceso de municipalización y regionalización en marcha.

Desconcentrar el poder no es el retorno a los caciquismos locales. No es la supremacía de los intereses regionales o locales por sobre los intereses nacionales. No es el reino del "cada uno se las arregla por su cuenta", donde cada cual administra a su gusto su parcela territorial, sin preocuparse del vecino.

Un respeto escrupuloso de las competencias reconocidas a las regiones no puede significar que el Estado y el poder legislativo deban renunciar a la misión que les incumbe; es decir, la de establecer mediante la ley la primacía del interés general y las condiciones de un más justo equilibrio entre las regiones. Bien entendida, la regionalización va a la par con la solidaridad nacional.

Parafraseando al escritor francés André Malraux, podríamos decir que la democracia chilena del siglo XXI será de los municipios y de las regiones, o no será.

Junto con desconcentrar el poder a través de la regionalización, una modernidad centrada en la persona significa, en el ámbito político, contar con instituciones que aseguren que el liderazgo nacional interpreta la voluntad de las mayorías nacionales.

Cuando las facultades presidenciales son asumidas por alguien que no cuenta

con el apoyo de una mayoría parlamentaria consistente —por más que legalmente el proceso haya sido impecable—, la acción gubernamental no sólo corre el riesgo de volverse estéril, sino que también genera inestabilidad en el propio sistema democrático poniéndose en peligro la vigencia de los derechos de las personas. El 11 de septiembre de 1973 es acaso el signo más trágico de adónde nos puede conducir la persistencia de una lógica de minorías en el terreno político.

Desgraciadamente, la existencia de gobiernos sin el apoyo de mayorías parlamentarias ha sido uno de los dramas permanentes de la política chilena de este siglo. Tanto los gobiernos radicales, como el de Ibáñez, Alessandri, Frei y Allende sufrieron en carne propia este mal de la democracia. Ello se tradujo en obstrucciones parlamentarias irracionales o en aspirar a cambios desmesurados, así como al irrealismo político que no hace sino agravar los problemas del país.

Esta falencia de la Constitución presidencialista de 1925 no sólo no ha sido resuelta en la actual Constitución, sino que incluso la ha agravado, al consagrar un régimen presidencialista extremo.

La pérdida de protagonismo del Parlamento —de suyo normal en las democracias modernas, que cuentan con ese foro político ampliado que es la televisión— no puede llevarse al extremo de anular su capacidad de iniciativa y de representación del sentir ciudadano. Lo contrario significaría tender a concentrar el poder exclusivamente en la figura del Presidente de la República, con el consecuente peligro de favorecer un personalismo carismático sin contrapesos.

Sin embargo, no se trata aquí de aplicar la política del péndulo: de pasar de un extremo a otro, de un presidencialismo extremo al extremo parlamentarismo. Los chilenos sabemos bastante bien adónde conducen las soluciones extremas en todo orden de cosas. Al contrario: se trata de avanzar hacia un sistema de gobierno que rescate y potencie lo mejor, tanto de la institución parlamentaria, como de la institución presidencial.

Estoy convencido de que la democracia chilena no logrará ser estable y eficiente mientras no se hayan generado los mecanismos que aseguren que los presidentes cuenten con mayorías parlamentarias. Por ello, junto con propiciar un sistema electoral proporcional y mantener la segunda vuelta en la elección presidencial, estoy también íntimamente convencido de que tenemos que avanzar hacia un sistema semi presidencial constructivo como el mejor régimen de gobierno.

En tercer lugar, la modernización política centrada en la persona implica avanzar en grados crecientes en la eficiencia del Estado y en la precisión de los límites de su intervención en la sociedad. Con ello no pregonamos un “Estado ausente” o un “Estado mínimo”, que se desentiende de los problemas y necesidades de la gente y sobre todo de los menos poderosos y excluidos. Tal actitud no sólo es indefendible moralmente, sino que también sería una torpeza estratégica como país.

La experiencia internacional reciente nos demuestra que los países del Tercer Mundo que más han avanzado en competitividad económica —al punto de ser reconocidos hoy como ejemplos de “nuevos países industriales”—, han basado su éxito precisamente en una férrea colaboración entre la iniciativa pública y la iniciativa privada, en función de un proyecto común de país.

Cuando hablamos de modernizar el Estado, hablamos de aumentar la eficiencia en su gestión, de manera que las personas no lo sientan como un aparato burocrático aplastante e inalcanzable. Necesitamos un servicio administrativo estatal eficiente, un Estado “en forma”, tecnológicamente bien equipado y sobre todo al servicio de la gente, de las personas de carne y hueso, y no al servicio del papeleo, de los reglamentos internos y de los trámites burocráticos interminables. Optimizar la gestión del Estado implica innovación y eficacia,

profesionalismo y retribuciones acordes con la magnitud del reto planteado.

Por último, una modernización de la política centrada en la persona significa encarnar este desafío en los propios partidos.

El Chile que se despide del siglo XX y acoge al siglo XXI no puede darse el lujo de tener partidos sustentados en caciquismos carismáticos. Tampoco puede caer en la ingenuidad de contentarse con partidos de tecnócratas. Chile requiere de organizaciones políticas eficaces y abiertas a la gente, capaces de orientar la opinión pública y de conducir responsablemente los procesos políticos.

Chile requiere de partidos capaces de conjugar profesionalismo modernizador con vocación de servicio público; necesita hermanar respuestas técnicas con orientaciones éticas.

Modernizar los partidos no sólo significa dotarlos de los adelantos tecnológicos necesarios para organizaciones de alcance nacional; significa, también, renovar los estilos de acción política: valorizar el trabajo en equipo, reconocer las nuevas exigencias que nos plantea la comunicación política en la era de los medios de comunicación audiovisual y, en fin, favorecer la democracia interna, la transparencia en la gestión y financiamiento partidarios.

Como nos demuestran las democracias más sólidas, la modernización política es un deseo irrealizable sin, al menos en parte, un financiamiento público de los partidos. No es posible lograr la transparencia manteniendo el financiamiento partidario como una suerte de "hoyo negro" por donde se cuelan influencias del poder económico de turno, desvirtuando así el sentido profundo del proyecto democrático.

No se trata de imponerle gastos a la sociedad. Mientras más testimonio cotidiano de servicio demos, mientras más gestos de compromiso con el país advierta la gente en nuestro actuar, más legitimidad nos será reconocida. Más allá de las estrategias eficaces y de las naturales competencias internas por liderazgos, no podemos nunca perder de vista que, como partido, estamos llamados a servir a la gente y no a ser servidos. Pues estamos llamados a "ser" antes que a "tener".

19. CRECIMIENTO ECONÓMICO, INTEGRACIÓN SOCIAL Y SUSTENTABILIDAD ECOLÓGICA

En el ámbito económico social una modernización que ponga en el centro de sus preocupaciones a la persona humana, al individuo en sociedad, significa conjugar tres desafíos complementarios: **crecer económicamente, avanzar en grados de integración social y sustentar ecológicamente nuestro desarrollo.** En esta década que se abre lo importante es no disociar estos tres retos planteados. Privilegiar un aspecto por sobre otros nos llevaría a nuevas deformaciones incompatibles con una modernización integral.

Para algunos el centro que lo explica todo es el crecimiento de la economía. Ellos quisieran convencernos de que sobre la base de un ritmo constante de producción y de exportaciones, por sí solo, se irá alcanzando el fin de la pobreza y de los problemas sociales. La famosa "teoría del chorreo", según la cual el crecimiento y la prosperidad van ampliándose desde los estratos más altos hacia los más bajos, no es sostenible hoy. En primer lugar, porque hasta ahora no ha dado muestras de ser cierta: los últimos años del gobierno militar, inspirado en este predicamento, lograron un significativo crecimiento económico, pero en ningún caso una disminución de los índices más importantes de la pobreza. En segundo término, porque es social, política y moralmente insostenible.

En rigor, no hay derecho a ofrecer a quienes viven en situación de pobreza y de exclusión simplemente la idea de que más adelante, en algún tiempo indefinido, les serán satisfechas sus necesidades básicas. La espera y la paciencia deben ser complementarias a las satisfacciones actuales, aunque éstas sean parciales.

Sin embargo, el énfasis que algunos ponen en el crecimiento tiene un valor indiscutible en uno de sus postulados: el crecimiento económico es indispensable para cualquier desarrollo. Sin crecimiento no es posible pensar ni en mayor integración ni en mayor justicia social. Y aún más, el énfasis en el crecimiento tiene el mérito de haber reconocido a los principales artífices de este segundo impulso al desarrollo: la iniciativa personal, el dinamismo de la capacidad empresarial, la fuerza de la sociedad para emprender y correr riesgos. Tiene el mérito también de no haber olvidado que el mercado es, en muchos ámbitos, el mecanismo más eficiente para la toma de decisiones económicas y para la asignación de recursos que por definición son escasos.

El desafío específico en la década de los '90, en lo que al crecimiento se refiere, está centrado en el aumento de nuestras ventajas competitivas y en la capacidad de generar alianzas estratégicas en el contexto económico latinoamericano y mundial. Tenemos que pasar del énfasis puesto en nuestras ventajas comparativas, al énfasis en nuestras ventajas competitivas, agregando valor agregado e imagen de marca nacional a nuestros productos en los mercados internacionales. Si como país nuestras ventajas comparativas han estado ligadas tradicionalmente sobre todo a nuestra disponibilidad de recursos naturales, nuestra competitividad internacional está a fin de cuentas más relacionada con las potencialidades de nuestros recursos humanos y, especialmente, con nuestras capacidades de innovación.

Como lo saben bien los economistas de hoy, la innovación económica no sólo se genera en los centros académicos universitarios, sino, y de manera creciente, en las mismas empresas atentas a lo que ocurre tanto en los mercados como a los nuevos requerimientos de los consumidores.

Por último, en la medida en que la economía mundial se globaliza — dado que en muchos mercados es imprescindible pensar en términos de estrategias mundiales—, se vuelve más necesario que nunca insertar a Chile en alianzas económicas regionales e intercontinentales. Lo contrario significaría quedar solitariamente rezagado en este nuevo escenario mundial.

Una segunda sensibilidad tiene su preocupación central puesta en la resolución de los problemas sociales más urgentes, en la pobreza y en la desigualdad de oportunidades, especialmente en el área de la educación, la salud y el empleo. En otras palabras, una modernización excluyente es interpelada con fuerza por una modernización solidaria.

La pobreza, como realidad cotidiana de nuestra vida social, implica varios aspectos fundamentales de la vida social. La pobreza, en primer término, entendida como la incapacidad de varios millones de compatriotas para satisfacer sus necesidades básicas, y que nos deja con una deuda social evidente e inexcusable. La pobreza, en segundo término, como la imposibilidad de muchos chilenos a aspirar a mejoras significativas en su situación social, y que evidencia la discriminación y desigualdad de oportunidades que caracterizan en gran medida a la sociedad chilena. Y, en tercer término, la pobreza como exclusión de un segmento importante de la población —especialmente joven— que no dispone de las oportunidades para insertarse siquiera mínimamente en la vida social.

“Los pobres no pueden esperar”, nos ha dicho el Papa. La propia imagen de Chile se hace difícil de sostener con esta situación que ha hecho hablar a muchos, no sin parte de verdad, de una progresiva emergencia de dos países en uno, de dos Chile.

Aunque es justa como sensibilidad la que enfatiza la urgencia de responder a las demandas sociales más acuciantes, no puede derivarse de ella, por sí sola, un modelo de desarrollo. La sociedad chilena ha de orientarse a la equidad y a la integración de todos. Pero sabemos que para hacerlo no hay recetas mágicas y que no bastan tampoco las buenas intenciones.

Hay que crecer, es cierto, pero el "chorreo" es insuficiente. Es por ello que al Estado le cabe aquí un rol protagónico -"subsidiario", "activo", o como queramos llamarle—, a través de sus programas sociales tendientes a hacer efectivos mayores grados de igualdad de oportunidades, especialmente en el área educacional, de salud y de vivienda. Y si el subsidio directo o "gasto social" del Estado es en muchos casos indispensable, su acción indirecta no es menos importante. Ello, sobre todo en lo que se refiere al fomento de la pequeña y mediana empresa (que actualmente, por lo demás, aportan el 60 por ciento del empleo y el 40 por ciento del Producto Geográfico Bruto del país).

A fin de cuentas, la pobreza no sólo es un escándalo moral; políticamente nos vuelve inestables y económicamente nos hace, a la larga, cada vez menos competitivos. Un país que se da el lujo de tener a un 40 por ciento de sus habitantes viviendo en condiciones de pobreza y exclusión, es un país que no llegará lejos en los tumultuosos mares del siglo XXI.

Un tercer gran desafío de la década, y que recorre de diverso modo a todos los chilenos, es el de darle sustentabilidad ecológica a nuestra modernización económica y social. Podemos llegar a ser los campeones latinoamericanos en competitividad y crecimiento económico; podríamos alcanzar índices promisorios en igualdad de oportunidades e integración social. Pero, ¿de qué nos serviría todo eso si lo hacemos al precio de la contaminación de nuestros ríos y mares, de la destrucción de nuestros bosques y de haber vuelto irrespirable el aire de nuestras ciudades?

Algunos estiman que la preocupación ecológica está muy bien para los discursos pero que, en los hechos, no hay que hacerse demasiadas ilusiones ya que proteger nuestro medio ambiente es muy caro. Que es un lujo que sólo pueden darse los llamados países desarrollados, como Alemania, Suecia o Japón. Sin embargo, más allá de que en muchos casos existen soluciones apropiadas poco onerosas —ligadas más a la creatividad y a la racionalidad del uso de los recursos que al dinero involucrado—, tenemos que preguntarnos cuánto más caro nos resultará en el futuro resolver lo que hoy no quisiéramos atender.

Por lo demás, en la medida que los mercados mundiales se vuelven más exigentes respecto a los estándares ambientales de los productos, desde el propio punto de vista económico, una eventual ceguera ante el desafío ecológico sería también nefasta. El egoísmo cortoplacista no es un buen consejero: no haría sino hipotecar las posibilidades de desarrollo y bienestar de nuestras futuras generaciones.

No se trata, por cierto, de caer en un romanticismo ecológico irresponsable. No se trata de ponerle candado al bosque nativo y a nuestro mar territorial. Se trata de evaluar el impacto ambiental de nuestra modernización y actuar en consecuencia, y no de anular el crecimiento que abre nuevas fuentes de trabajo e inversión.

Cuando la preocupación ecológica se centra en sí misma y se disocia del crecimiento y de la integración social, el ecologismo se malentiende y tiende a convertirse en un nuevo fundamentalismo incompatible con una modernización centrada en la persona. Como nos recuerda el Papa Juan Pablo II en su última encíclica, existe una dimensión humana en la ecología -"una ecología humana"- que no podemos perder nunca de vista.

20. ¿DE LA "CUESTIÓN SOCIAL" A LA "CUESTIÓN CULTURAL"?

No es posible comprender cabalmente el sentido profundo de las mutaciones que empezamos a vislumbrar en este cambio de siglo en los ámbitos político y económico-social, sin comprender los nuevos desafíos que se nos plantean como país en el área del conocimiento y la cultura.

¿Qué significa, en el ámbito cultural, proyectarnos como democratacristianos, es decir, proyectar el diálogo entre la Modernidad y la Tradición cristiana? ¿Qué significa culturalmente una modernización del país centrada en la persona?

Habitualmente los partidos políticos —y no sólo en Chile— hemos oscilado entre dos polos frente a los temas culturales. Algunos han estimado que mientras los políticos menos nos pronunciemos sobre cuestiones culturales, mejor, pues podríamos caer en el dirigismo o estatismo cultural. Otros, al contrario, han pregonado la necesidad de politizar a fondo los debates culturales, buscando la adscripción de científicos, artistas y creadores a una determinada capilla política. Ambas actitudes, de por sí miopes, resultan marcadamente anacrónicas en los tiempos que vivimos.

En efecto, actualmente muchos analistas coinciden en señalar que los conflictos políticos se estarían "trasladando", en una no despreciable medida, de los ámbitos político y económico a la esfera de la cultura y de los valores.

Las razones esgrimidas son variadas. Se sostiene, por ejemplo, que el quiebre de las ideologías globalizadoras y la crisis de los socialismos reales están generando consensos muy extendidos en los temas directamente políticos y económicos; por ello los debates y las diferencias se estarían reorientando hacia temas morales y valóricos antes confinados al ámbito privado (como la familia, la sexualidad y las drogas, entre otros), todos ellos, temas que tienen como centro la preocupación por la vida personal en sociedad.

Otros argumentan que la creciente importancia de la disponibilidad de información y conocimientos para competir en los mercados internacionales hace que la creatividad cultural en general -y científica y tecnológica, en particular- se vuelva una preocupación prioritaria de los líderes políticos en la hora actual.

En fin, algunos estiman que hoy es inminente el tránsito de la "cuestión social" a la "cuestión cultural". Esto es, desde los problemas centrados en el ámbito del trabajo, a los problemas y posibilidades centrados en la comunicación.

Cualquiera sea el origen del auge de la preocupación cultural -probablemente múltiple—, lo cierto es que tanto los dirigentes como los partidos políticos estamos crecientemente llamados a intervenir con seriedad, con legislaciones adecuadas, en los problemas y desafíos de nuestra cultura.

Permítanme referirme brevemente a dos grandes orientaciones que me parecen claves de mantener, desde una perspectiva política democratacristiana, en el área de la cultura en este fin y cambio de siglo en nuestro país.

La primera es la opción por una ética política que conjugue libertad y responsabilidad, particularmente atingente en los debates en que están en juego delicados asuntos de conciencia, como son aquéllos relacionados con la familia, la sexualidad y la moral personal.

Resulta absurdo aspirar a mayores grados de modernidad manteniendo actitudes represivas y, en muchos casos, hipócritas frente a este tipo de asuntos. Pero, al mismo tiempo, sabemos que uno de los talones de Aquiles de los países

considerados modernos se encuentra precisamente en la tendencia al **escepticismo valórico** en estas materias, y a la pérdida de sentido de la existencia personal. El peor de los peligros en estos debates es, sin embargo, el florecimiento de **actitudes integristas** y de fanatismos de quienes se autoconfieren la posesión de la verdad absoluta, sea ésta de signo liberal o conservador.

Una actitud ética que no disocia la libertad de la responsabilidad personal, que entiende que frente a determinadas y delicadas materias las opciones valóricas - cualquiera sea su origen- sólo predominarán por medio de la persuasión y no por la imposición, es la que corresponde ante estos "nuevos temas" de nuestro tiempo.

Una segunda gran orientación que ha de guiarnos —en tanto demócrata cristiano llamados a pronunciarnos y a legislar en el ámbito cultural—, es la de comprometernos con **una política de Estado** permanente que resguarde y abra nuevos espacios para la **valorización de la riqueza de nuestra identidad y diversidad cultural**.

En el ámbito cultural, una modernización centrada en la persona significa precisamente apostar por una modernidad que no elimine la diversidad cultural del país sino que más bien la potencie. La tendencia actual es a una creciente masificación de la cultura y a una marcada interrelación entre el mercado y las creaciones culturales. Ello lo podemos ver todos los días en el surgimiento de nuevas empresas de televisión compitiendo en el mercado del marketing y de la publicidad, en la expansión de empresas "transnacionales de la cultura" y la información, en la emergencia de "supermercados de arte" organizados por la extensión universitaria; en la efervescencia de empresas productoras y comercializadoras de "productos culturales" como son los videos, los discos, los libros y revistas.

La masificación, la internacionalización y la entrada de la cultura en el mercado no nos deben llevar a actitudes apocalípticas, pero tampoco a exitismos contemplativos. En un sentido, este proceso es profundamente **democratizador**, pues gracias a él, por ejemplo, todo el mundo -sin distinciones de edad, condición social o sexo- puede ver hoy una teleserie, la caída del muro de Berlín o una función de ópera transmitidos por televisión.

En otro sentido, sin embargo, la mercantilización de la cultura introduce **nuevas desigualdades sociales** -no todos, por ejemplo, tienen acceso a los discos compactos o al videograbador—. A la vez, la nueva situación tiende a desvalorizar las expresiones culturales nacionales que, siendo valiosas y originales, no tienen "salida" en el mercado. Ejemplos de estas últimas son, entre otros, las creaciones culturales de nuestros pueblos indígenas y ciertas expresiones científicas y artísticas de suyo no masivas, como las "ciencias puras", la pintura y la poesía. Pero, ¿alguien se imagina a Chile sin poetas? ¿Sin Huidobro, sin Neruda, sin Gabriela Mistral? Con igual dramatismo, podemos también preguntarnos: ¿Sin el legado de nuestros pueblos indígenas, Chile sería Chile?

Es por ello que quienes hemos acogido la vocación política y el llamado del servicio público, hemos de legislar para que la modernización de la cultura en Chile no signifique la pérdida de nuestra identidad y diversidad cultural.

El Estado no debe dirigir la creación cultural, pero sí puede y debe incentivar y colaborar con las expresiones culturales que el mercado es incapaz de valorar. Apostar por una Modernidad centrada en la persona implica, en el ámbito cultural, una modernidad respetuosa de nuestras raíces y de nuestra diversidad.

21. LA IRRENUNCIABLE CONFIANZA EN LA PERSONA

Hoy hago más con convencimiento profundo, aquello que expresara ese gran humanista y maestro de la música, el español Pablo Casals: "En cada segundo vivimos un momento nuevo y único del universo, un momento que no existió nunca y no existirá jamás otra vez. ¿Y qué les enseñamos a los niños en las escuelas? Les enseñamos que dos más dos son cuatro y que París es la capital de Francia. ¿Cuando les enseñaremos también lo que ellos son? Deberíamos decirle a cada niño: ¿sabes lo que eres? Eres una maravilla única. No hay en todo el mundo otro niño exactamente como tú. Mira tu cuerpo. ¡Qué maravilla! Tus piernas, tus brazos, tus dedos llenos de arte, el modo en que te mueves. Podrías ser otro Shakespeare, un Miguel Ángel, un Beethoven. Tienes la capacidad para ello y para cualquier cosa. Sí, eres una maravilla. Y cuando crezcas ¿podrías hacerle daño a otra persona que, al igual que tú, es también una maravilla? Debeis querer a los demás. Debemos trabajar, todos debemos trabajar, para hacer que este mundo sea digno de sus niños. ¡Qué extraordinarios cambios y avances he presenciado en mi vida! ¡Qué asombroso progreso en la ciencia, la industria, la exploración del espacio! ¡Y, sin embargo, el hambre, la opresión racial y la tiranía todavía atormentan al mundo! Seguimos portándonos como bárbaros."

"Como salvajes les tememos a nuestros vecinos en la Tierra, nos armamos contra ellos y ellos se arman contra nosotros. Deploro haber tenido que vivir en una época en que la ley del hombre es matar. ¿Cuándo nos acostumbraremos al hecho de que somos seres humanos? El amor que cada uno siente por su país es algo natural. Pero, ¿por qué el amor habrá de detenerse en las fronteras? Nuestra familia es una sola, cada uno de nosotros tiene un deber para sus hermanos. Todos somos hojas de un solo árbol y ese árbol es la humanidad."

Al final de *El Mensaje Humanista*, Eduardo Frei nos recordaba algo que me parece esencial no perder nunca de vista, especialmente en estos momentos en que como país y como partido nos abrimos a los nuevos desafíos de nuestra época.

Decía Frei que "no basta el solo saber o la aplicación de determinadas técnicas". Decía que "hay algo más profundo, que son las convicciones y las normas morales, pues de otra manera la acción política carecerá de verdadera consistencia".

Por eso, más que nunca y como siempre, los invito a renovar nuestra confianza en la persona humana, la de carne y hueso -no la de las cifras—, en este cambio de siglo tan cargado de inquietudes y nuevas esperanzas. Hoy, precisamente, cuando con tanta fuerza como decía Eduardo Frei, "algo trepida en lo profundo".

Santiago, octubre de 1991.



Estimado Presidente:
Te acompaño
documento que he entregado con
esta fecha sobre mi posición del
Partido en mi reflexión del Congre-
so. No sé si tendrás tiempo para
leerlo pero lo grave sería que no
te hubiera llegado a tus manos.
Un abrazo.

[Signature]